



Los voluntarios de la Iglesia de San Juan de Dios, rodeados de cientos de bolsas de comida para las familias necesitadas. ALBERTO DI LOLLI

## El 'súper' de la caridad que dona 70 toneladas de comida al mes

La iglesia vallecana de San Juan de Dios asiste a un 40% de familias más durante la crisis

**QUICO ALSEDO** MADRID

En vez de biblias, palés y más palés. En lugar de evangelios (y demás zarandajas), packs de bricks de leche, a centenares, a miles. Bajo la imagen de la virgen María, caldo, chokolatinas, galletas. Apoyadas en las fotos de la primera comunión de 1990, latas de atún a cascoporro.

Parece un centro logístico de Amazon. Una colmena de alimentos de Mercadona. Literalmente un enorme supermercado Dia, con los productos medio ordenados medio desparramados. Y casi lo es, porque por aquí pasan hasta 70.000 kilos de comida al mes. Setenta toneladas, se dice pronto.

Pero es la iglesia de San Juan de Dios, situada literalmente (y perdonen la broma) en casa dios (o donde Cristo perdió el mechero): en los confines de Vallecas, no muy lejos de la Cañada Real, la Calcuta madrileña. Donde la capital es gitana, árabe y rematadamente pobre. Donde alguna gente «no sabe ni escribir, y también españoles, ¿eh?».

Y adonde cerca de 700 familias acuden en estos tiempos de miedo con una única palabra en la boca. La palabra es «hambre».

La parroquia es, así, una especie de increíble concentrado del momento, en el que el Estado se deja fuera a algunos que no tienen dónde caerse muertos y donde confluyen donaciones de grandes empresas y de chefs famosos (los bocadillos de José Andrés llegan justo en

plena visita de este diario) con la gitana de la esquina, que viene con sus cinco hijas colgadas del cuello a pedir, «y hay que tener mucho cuidado con algunos, que se lo llevan para revender y hacer dinero».

Los entrecorridos, la planificación y los tres teléfonos ardiendo a cada minuto son de la mezcla de Jeff Bezos, Juan Roig y Papá Noel que dirige la logística del lugar y llama a *todo dios* por su nombre, aunque no lleva más de seis años aquí: el padre Gonzalo Ruipérez, 52 años y mucha mili tanto en lo fino como en lo grueso: lo mismo hizo «un MBA en la Universidad de Santander» que se pasó cuatro años como párroco de Alcalá Meco, pastoreando a lo mejorcito de cada casa.

«Yo sólo soy un puente, pero los puentes son lo primero que cae en las guerras, y lo primero que se levanta en la paz», dice él, haciendo un poco también de cura mientras hace espacio a dos palés de garbanzos que acaba de donar un vecino y a la vez le dice a Zora, una vecina musulmana que ha acudido a la parroquia en busca de comida que debe dirigirse primero al cura que le toca, al de cercanía. «Que si no luego no veas los cabreos que se cogen los compañeros», comenta.

Y sí, todas las asociaciones vecinales, ONGs e iglesias de España están repartiendo toneladas de comida en este tiempo, pero pocas con este insólito volumen: «¿Ves tolo de esto?», dice señalando las dece-

nas de palés que llenan la iglesia, «pues es sólo un quinto de lo que tenemos ahora mismo, el resto está en una nave de Arganda. Hace unas semanas, viendo lo que se venía encima, me fui al Macro a comprar frigoríficos. ¿Cuántos tenéis?». 'Nueve'. 'Pues dame los nueve'. Y así vamos». Cuenta el padre Gonzalo, a quien sólo parece rechazar en el barrio la mascarilla que no acaba nunca de ponerse, que un 80% de lo

parece un tanto difuso: en las varias horas que pasamos con él, Ruipérez recibe al menos una veintena de nuevas peticiones. Sentarse de hecho con él a recibir las peticiones es un turbomáster instantáneo de sociología de la pobreza.

El cura/empresario –porque semejante emporio no se monta sólo con la Biblia en la mano– se sienta en un pupitre, y el solicitante en otro enfrentado. Escuchemos.

«Acabo de salir de la cárcel y vivimos seis en una casa sin ingresos», dice un colombiano que acaba de montar una ventisca en la cola porque se le coló una mujer gitana. «Llevo ocho meses en España, estoy de camarera en un bar y me ha pillado el ERTE», cuenta una chica venezolana con pinta de muy despierta. «Qué tal, Gonzalo», saluda Roberto, un hombre alto y fuerte, de 37 años, al que verlo pedir para comer sólo puede llevar a pensar en el absoluto fracaso del sistema: «Soy discontinuo de Correos y he caído en el ERTE», nos explica.

Y Gonzalo pide papeles –«un 20% de los que vienen aquí no tienen ningún ingreso, cero»–, mira a los ojos, mete todos los datos en su *big data* mental (y en el otro, usa una aplicación «catalana» llamada Ecoalimint), mide hasta qué punto su interlocutor le dice la verdad –«hay que tener mucho cuidado para no malcriar»–, y entonces dice las palabras mágicas: «Y, esta noche... ¿Tienes al menos para cenar?».

**El cura Gonzalo: «Un 20% de los que vienen aquí tienen cero ingresos»**

**Aquí se junta todo: los bocadillos del chef José Andrés y la gitana de la esquina**

que recibe proviene de donaciones de empresas y un 20% de los bancos de alimentos. Que todo lo hace «con sólo 10 voluntarios, y se me ha ofrecido todo el mundo, pero es más práctico hacerlo así» –uno de los chavales estudia Historia entre que llega un palé y otro–. Que la demanda de su comida ha subido de 450 a 622 familias, aunque el cálculo